

§ II. Continuacion de los decretos de la asamblea constituyente. — Protesta del 15 abril de 1790. — Constitucion civil del clero. — decreto que abolió la nobleza.

1790. La asamblea adquirió una nueva fuerza en las tentativas de la contra-revolucion, contra ella, y volvió á tomar con mas vigor sus trabajos. Las primeras asambleas iban á reunirse, para nombrar los electores, y, para evitar una nueva oposicion, y turbaciones, suspendió su convocacion, hasta que se promulgase la constitucion. Necker fué intimado de hacer conocer á la asamblea la situacion de la hacienda, y el medio de restablecerla; pero el plan, que presentó fué despreciado, y se volvió á tomar la cuestion acerca de la enagenacion de bienes eclesiasticos; que, á pesar de los

esfuerzos de la oposicion, se resolvió, conforme al deseo nacional. Se trató, en vano de hacer sospechosas las intenciones de las diputadas del pueblo y demezclar los intereses de la religion con los de los sacerdotes; la asamblea protestó de su respeto á la fe catolica, y enagenó los bienes de la iglesia que, por valor de muchos millares, fueron hipotecados á los asignados, que debian crearse. Empezó entónces á renacer la confianza, y el curso de quatrocientos millones, en papel-moneda, dió, inmediatamente, riqueza, y credito. Esta operacion fué grande, y sino se hubiese abusado de las ventajas que ofrecia á la hacienda hubiera sido suficiente; pero no acomodaba á Necker, á la nobleza, ni al clero.

Los enemigos de la constitucion, y de ¹³abril.

la asamblea, fuertes, aun, á pesar de tantos golpes, se reuniéron, y formáron una sociedad, en la que, proclamáron su oposicion; protestáron á contra los decretos, sobre bienes eclesiásticos, y doscientos noventa diputados firmáron la protesta; pero la revolucion iba adelante, á pesar de todas estas demostraciones de odio, y de oposiciones turbulentas. El pueblo se agolpó; arrojó los miembros de la sociedad monarquica, del salon de sus sesiones; y Virieu, uno de los que firmáron la protesta, despues de haber, en vano, desaprobado este acto para desempeñar la funciones de presidente en la asamblea nacional, se vió obligado, forzosamente, á hacer demision de tan honrosa comision. Tan debiles movimientos, y la exclusion de todos los que firmáron la protesta, á to-

das las dignidades constitucionales, fuéron el solo fruto de esta grande coalicion, sobre la que los contrarevolucionarios habian fundado tantas esperanzas exageradas.

La asamblea organizó el poder judicial, y las jurados, de los que Lafayette tuvo la primera idea, fuéron admitidos en lo criminal, y desechados, por una preocupacion, en lo civil. Se establecieron tribunales permanentes en cada departamento, jueces de paz en todos los distritos, y en Paris un consejo supremo. Esta restauracion de uno de los primeros poderes del estado, no fué bastante, á pesar de su importancia, para contener los violentos debates de los aristócratas. No sucedió así, cuando se llegó á discutir, á quien debia confiarse el nombramiento de los jueces? los pa-

triotas querian atribuirselo al pueblo, y los aristócratas al rey : Mirabeau refutó la opinion de estos ultimos, y los aterró. La exasperacion de los nobles, y sacerdotes llegó á su colmo, de tal modo que, renunciando de toda discusion razonable, no respondieron á Mirabeau, sino con injurias, y desatinos ; y acabaron por dejar todos en masa el salon, protestando contra todo lo que se iba á hacer. Mirabeau continuó su discurso, y habiendose puesto en deliberacion el derecho de elegir los jueces, fué conferido al pueblo, por casi la unanimidad de los miembros, que quedaron en el salon. Un espiritu de justicia, que no se sabrá alabar demasiado, confirió al rey el derecho de nombrar los oficiales del ministerio público; pero,

para asegurar su independencian, hicieron, que estas magistraturas fuesen inamovibles.

Otra cuestion mas importante, aun, vino á agitar los espiritus. Los ministros, fingiendo temer la necesidad de una guerra extrangera, á causa de las diferencias, entre España, é Inglaterra, pidieron á la asamblea la autorizacion de levantar algunas tropas, y armar algunos navíos. Con este motivo se presentó la gran dificultad de saber si el rey, ó la asamblea tenian el derecho de declarar la guerra, y hacer la paz; los patriotas se dividieron en esta ocasion, y nunca sus debates fuéron mas vivos, ni el pueblo tomó, en ellos, mayor interés. En efecto por una parte se hallaban Barnave, Dupont, los Lameth y casi todo el lado izquierdo; y por la

otra Lafayette y Mirabeau. Se dijo, que este grande hombre estaba ganado por la corte; pero su alianza, con Lafayette probó, que era dirigido, entónces, por su convencimiento, y que, despues de haber puesto el trono en peligro, quería restablecerle, sobre bases tan fuertes, como lo permitia la verdadera libertad. Su discurso brillante en elocuencia, y logica conmovió la asamblea, y todos sus contrarios, abandonando, atletas menos formidables, se reuniéron para refutarle. El pueblo mismo se unió á ellos, y se vendió por las calles la *gran conspiracion* del conde Mirabeau. Advertido, de este golpe dado á su popularidad, dijo, entrando en la asamblea: «Es preciso, que yo salga de esta lucha triunfante, ó hecho pedazos.» Se sobrepujó en elocuencia, y salió glorioso

del suceso. El derecho de guerra fué atribuido á la nacion; pero no podia hacer uso del la asamblea, sino á propuesta formal del monarca. Era una ventaja para la corte, y lo era tambien, acaso, para la libertad; porque el mayor enemigo de todo sistema politico es la exageracion de los principios de sus partidarios.

Tan grandes intereses fuéron en seguida controvertidos, y preparáron una nueva crisis, y nuevas coaliciones contra la constitucion, y la libertad. La asamblea volvió á ocuparse de los asuntos del clero. Camus, á nombre de la comision eclesiastica, propuso una nueva circunscripcion de diocesis, la reduccion del número de obispados, y fixó el arancel del sueldo, que debia acordarse á los sacerdotes. El maximum de

este sueldo era de treinta mil francos á los obispos, y seis mil á los demas beneficiados. El número de obispados subia á ochenta y tres, es decir, uno á cada departamento. Los cabildos fueron suprimidos y remplazados por diez y seis sacerdotes, destinados á desempeñar las funciones de vicarios episcopales. Los obispos, y sacerdotes, furiosos, se unieron á la nobleza, y fingieron creer, que se atacaban los derechos divinos; tocando sus bienes temporales. Los decretos pasaron; pero se declaró la guerra, abiertamente, y quedaron, para siempre, irreconciliables los dos partidos. Los aristócratas gritaron la propagacion del cisma y la heregía, y los prelados lanzaron sus excomuniones, y amenazaron con las de Roma. Desde entónces, hubo una clase numerosa,

3 junio.

que no pertenecia á la sociedad, y que solo pensaba en la revolucion y destruccion del pacto social. En la asamblea se defendieron con calor, hasta el ultimo extremo, los sacerdotes; pero sin ninguna dignidad, y sus furores, por el interes personal, hicieron lugar á la calma de una asamblea de legisladores, deliberando, sobre los derechos de una gran nacion. Los patriotas se vengaron, con la serenidad, y el desprecio, y lo mismo sucedió, cuando los contrarevolucionarios provocaron el movimiento de la nacion, pues de una extremidad á otra del reino, el pueblo estuvo sordo á su llamada.

Se preparaba toda la Francia á celebrar el aniversario del gran dia 14 de julio, que se acercaba, y se habia señalado, para hacer jurar á los federados

de todos los departamentos, la constitucion, de que se ocupaba la asamblea nacional. De todas partes llegaban á Paris diputados, para la federacion nacional, y todos manifestaban el mas verdadero, y profundo entusiasmo. Se hicieron algunas truhanerías en Paris, para ridiculizar esta hermosa, y natural union. Anacharsis-Cloutz, que entónces se hacia llamar, baron, vino, á la cabeza de un tropel de aventureros de todas las naciones, á arengar á la asamblea nacional, y decia, que representaba, con sus acolitos, la federacion del género humano. Esta farsa ridicula, que se atribuyó á Lameth, hizo una profunda impresion, sobre los Parisienses, que creyeron, de buena fe, que toda la tierra les rendia homenaje, y les venia á pedir la libertad; y esta sesion,

que empezó por esta pueril comedia, y se concluyó, por una de las mas grandes decisiones de nuestra primera asamblea legislativa. Alejandro Lameth subió á la tribuna, y preguntó á los representantes del pueblo si querian sufrir, que todos los diputados de las provincias, que venian al centro de la libertad, á jurar la constitucion patriótica, viesan, en él, el indigno espectáculo de los emblemas de la esclavitud, que, aun, desonraban á Paris. Señaló los esclavos encadenados al pie de la estatua de Luis XIV, y otras imágenes humillantes, y afrentosas: destruyamos, añadió, emblemas que degradan la dignidad del hombre, y condenemos al eterno desprecio los monumentos del orgullo, tan opuestos al reinado de la igualdad.»

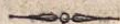
Lafayette y Carlos Lameth hicieron

mas, pues reclamáron la abolicion de la nobleza hereditaria, con todos los demas títulos, y distinciones particulares.

Lafayette, á quien la emulacion del patriotismo hacia rival de los Lameth, corrió al seno de la asamblea, y se apresuró á apoyar las mociones, que acababan de hacerse. « El rey solo, dijo, debe, por la naturaleza de la magistratura, que desempeña, elevarse sobre el pueblo, y en un estado de libertad, no debe haber sino un monarca, y ciudadanos. » Noailles se unió á Lafayette, y los Lameth. St. Fargeau sostuvo sus proposiciones, y pidió que, para concluir la obra, se suprimiesen los nombres de terrenos. « Yo, dijo, no me llamo de St. Fargeau; mi nombre es, Michel Lepelletier. » En fin *Mathieu de Montmorency* (hoy duque), encareciendo el

celo de igualdad de sus colegas, propuso la supresion total de distinciones antisociales, escudos de armas, blasones, y libreas, y pidió, que los Franceses no llevasen, en lo sucesivo, otras insignias que las de la igualdad, y libertad. Todas estas mociones fuéron acogidas, y apoyadas; sin embargo hubo una grande oposicion, y los órganos, naturales de la aristocracia, se abalanzáron á la tribuna. Maury gritó, que la monarquía estába perdida, y François de Beauharnais dijo á los que proponian las mudanzas: « retirémosnos, porque no puede transigirse con el honor: » nombrando asi, con el sagrado nombre de honor, las distinciones, que se juzgaban, entónces, como vanas, é ilustres blasones, que se miraban como quimericos, estos clamores fuéron inútiles; pasáron los decretos, y

se proclamó la igualdad, que existia ya de hecho, desde el 4 de Agosto; acaso, hubiera valido mas dejarla establecerse, por si misma, sin exasperar hombres poderosos, aun, por sus riquezas, privandolos de lo que algunos escritores moderados llamaron chupador frivolo, y que ya no es peligroso.



§ III. Federacion del 14 de julio de 1790. —

Retiro de Necker. — Asunto de Nancy. —

Proceso del *châtelet* sobre los acontecimientos del 5 y 6 de octubre. — Decreto, que sometio los sacerdotes al juramento constitucional.

La asamblea conocia, que su fuerza verdadera estaba, enteramente, en la opinion pública, y que era ella á quien se debia, obedecer; los aristócratas que conocian, tambien, esta verdad,

hacian por desacreditarla, diciendo que abusaba de su poder. Para responder á esta infamia unió toda la Francia á sus trabajos, llamando à Paris diputados de todos los departamentos, ejércitos de mar, y tierra, nombrados por el pueblo, y los soldados, para que viniesen á aceptar, y jurar la constitucion. Esta *federacion nacional* se señaló para el 14 de julio, ilustre aniversario, que recordaba el primer dia de la libertad. Se levantó el altar de la patria, en el Campo de Marte, en medio de inmensas gradas de cespedes, adonde todo el pueblo de Paris debia ir. La municipalidad activaba los trabajos, para esta solemne fiesta; pero toda la actividad de los obreros no satisfacía la impaciencia de los Parisienses. Los ciudadanos de todas clases, de todas edades, y sexos se unie-